

**Ángela Rico Cerezo. *Realidad, ficción y literatura en la época modernista, el escritor sevillano Joaquín Alcaide de Zafra (1871-1946)*. Sevilla. Diputación de Sevilla. 2015. 267 pp.**

La Diputación de Sevilla ha publicado en el año 2015 *Realidad, ficción y literatura en la época modernista, el escritor sevillano Joaquín Alcaide de Zafra (1871-1946)*, un sustancioso estudio realizado por la investigadora Ángela Rico Cerezo. La autora ha rescatado a un autor casi olvidado, pero que en su tiempo fue asiduo a tertulias y habitual en las publicaciones periódicas. Sin embargo, el nombre de Joaquín Alcaide de Zafra no ha trascendido, sino que, desde el mismo momento en el que aquellos que le citaban fueron relevados por nuevas generaciones, su nombre quedó diluido. La investigadora comienza con la siguiente afirmación: “el siglo XIX se caracteriza tanto por la variedad de movimientos y tendencias como por la indiscutible calidad [...]” (p. 11) Este auge de la Literatura coincide con el denominado Fin de Siglo; asimismo, durante el primer tercio del siglo XX muchas son las manifestaciones que conviven. Sin embargo, acertadamente, Ángela Rico Cerezo nos recuerda que “el paso del tiempo ha reducido la nómina a un cierto número de elegidos” (p. 12). Tan prolífica época ha quedado acotada por una especie de nómina canónica que se repite constantemente, cayendo en el olvido una lista de autores más larga incluso que los que consiguieron la fama. Todos ellos fueron parte activa de la sociedad, de las tertulias y del mundo literario, pero ninguno consiguió un pasaporte para sobrevivir al paso del tiempo. A este grupo pertenece Joaquín Alcaide de Zafra. A pesar de que “la calidad literaria de nuestro autor no le haga merecedor de una posición más aventajada” (p. 13), tuvo su hueco entre escritores de renombre y supo amoldarse a los tiempos, llegando a hacer incursiones en el mundo del cuplé y el novedoso cinematógrafo. En su rescate, Ángela Rico Cerezo se ha encontrado con tres obstáculos difíciles de franquear, y ahí incrementa su valor esta investigación: las obras de Alcaide de Zafra nunca han vuelto a pasar por una imprenta para sucesivas ediciones, ni sus títulos son abundantes, siendo que la dispersión sí es predicable de ellos.

Si entramos a analizar la estructura en sí misma de tal investigación, nos encontramos con una división en tres bloques sumamente aclaratorios y bien definidos. El primero de ellos, titulado “Un escritor de carne y hueso: biografía de Joaquín Alcaide de Zafra”, se dedica a estudiar detalladamente los acontecimientos personales de este autor, los cuales transcurrieron principalmente entre Sevilla, cuna del escritor, y Madrid, donde desarrolló su carrera profesional como abogado, pues, si bien la investigación que nos ocupa se consagra a su quehacer literario, no por ello deja de lado los cargos que ocupó en su dedicación profesional a la vida jurídica. La investigadora no pierde de vista la doble vertiente de Alcaide de Zafra, aportando datos de ambas facetas: en Sevilla, antes de finalizar sus estudios, el autor “ya colaboraba con revistas y periódicos” (p. 19) Tal vez, estas incursiones en el mundo literario vinieron favorecidas por su buena posición social. Derivada de la misma era su actitud: si bien ya en la capital se codeaba con Rubén Darío, los hermanos Romero de Torres y con “la creciente tropa de escritores bohemios” (p. 23), nunca se entregó a la vida literaria por completo, es decir, no hizo de la Literatura su forma de vida. De hecho, la estudiosa Ángela Rico habla de colaboraciones que compaginaba con su trabajo, sin perder de vista que aquellas eran asiduas y le otorgaron un sitio en las letras y cierto reconocimiento (derivado más de la amistad con literatos que de la calidad de sus aportaciones). Su alta alcurnia le seguirá favoreciendo, así como su soltería, que le permitían “invertir todo su patrimonio en satisfacer sus inquietudes culturales” (p. 26) Otra faceta que le mantenía a flo-

te era su liberación en lo que a ideas políticas se refiere, pues nunca se posicionó, ni manifestó juicio alguno, ni optó por la militancia, de tal modo que “su trabajo nunca se vio comprometido” (p. 29). Todas estas características (posición social, soltería y actitud apolítica) le otorgaron licencia para campar libremente por los géneros literarios, para adaptarse a los nuevos tiempos y le abrieron muchas puertas. Sin embargo, también fueron un arma de doble filo que lo condenó al olvido, al no dejar una huella lo suficientemente honda, que se difuminó en cuanto sus pocos allegados (tres hermanas, dos de ellas, Regina y Angelina, fueron también escritoras, y pocos amigos) que intentaban hacer perdurar su recuerdo, ya no estuvieron para seguir con semejante tarea.

El segundo bloque al que la investigadora dedica parte de su estudio es a la figura de nuestro autor en tanto que se convirtió en todo un personaje literario. Es habitual, y más en este período, que los autores se perpetúen más en personajes que en sus propias obras. Aun sin aparecer en una novela, las propias anécdotas que rodean a los literatos, acaban trascendiendo más que sus propios escritos. Algo similar le ocurrió a Alcaide de Zafra, como ha rastreado exitosamente Ángela Rico Cerezo y plasmado en “Alcaide de Zafra, el personaje literario.” Pocas son las referencias que existen sobre su biografía y sobre su propia obra, sin embargo, en aquel momento el autor era bastante conocido, hasta el punto de ser mencionado por otros contemporáneos en sus escritos, bien para ser objeto de parodias, bien para tratar sobre él sin más; sin olvidar que supo adaptarse a cada momento: optó por una actitud optimista frente a la abulia decadentista, se dejó seducir por la vida bohemia sin caer en ella y evolucionó desde el romanticismo trasnochado para convertirse en un “poeta alegre, festivo, amistoso y lascivo [...] acanallado” (p.38). Sin embargo, esta evolución se plasmó más en las anécdotas que de él se contaban que en su trascendencia como escritor. Al final, quedaban para el recuerdo su aparición ostentosa en las tertulias, su afán por los tintes del cabello o las hazañas de sus viajes. Así, “la realidad escrita de su obra no estaba al nivel del personaje que había asumido. Como actor, fue víctima de su personaje” (p. 51).

A pesar de la apreciación anterior, la investigadora, recalcando que no acomete una labor reivindicatoria, sino simplemente de rescate, aborda un detallado análisis de la obra del escritor, al que titula “La obra de Joaquín Alcaide de Zafra: un escritor ¿modernista?”, con sus oportunos epígrafes, distinguiendo géneros, pero también subgéneros o estilos. Ahora bien, antes de adentrarse en dicha tarea, no pierde de vista un dato que hay que tener en cuenta: “este complejo panorama literario” (p. 54). Las fechas en las que nos situamos se caracterizan precisamente por la riqueza de estilos y abundancia de obras. De hecho, incluso a los miembros de la nómina canónica es difícil catalogarlos en un único estilo o tendencia.

Ángela Rico comienza por la obra poética, tanto en su vertiente modernista, como en lo que al folklore se refiere en tanto que se pusieron de moda el denominado flamenquismo y la “fiesta nacional”, así como el género sicalíptico. Todo ello, llegando a desembocar en periódicas colaboraciones en prensa; sin perder de vista que llegó a ser recogido en antologías del siglo XX.

En segundo lugar, es analizada la prosa, que si bien no es tan importante, sí es dilatada en el tiempo: “generalmente ignorada por la crítica, no dejó de ocupar al escritor desde sus primeros momentos hasta casi el final” (p. 83). Varias son las páginas dedicadas al comentario de los textos en prosa y a su diversidad temática, dado que Alcaide de Zafra llegó a trabajar y prestar sus textos a la gran pantalla.

Una vez concluido el estudio, se adjunta la bibliografía recopilada por la investigadora, de un modo sistemático y detallado. Ahí se recogen todas sus obras: libros y

folletos, poemas y letras para partituras musicales, poesías, cuentos, artículos, reseñas, obras en prosa, antologías en las que aparece... Incluso se señalan cuáles son las obras que no han sido localizadas, además de todos los estudios que han mencionado al autor que nos ocupa. Evidentemente, se trata de la más completa recopilación bibliográfica que existe sobre Joaquín Alcaide de Zafra.

Asimismo, la autora del estudio ha publicado dentro de este libro una selección antológica de textos y dos obras completas del sevillano: *Cantares de amor y celos* y *Cuentos a Michol*. Todos constituyen la sección dedicada a dar a conocer los escritos del autor y forman parte de toda una tarea de rescate, dado que, como ya se apuntó, no había vuelto a ser editada ninguna obra del mismo.

Por último, las páginas finales hacen las veces de anexo de imágenes, donde no solo podemos poner cara al autor y a su familia, sino que también se incluyen las cubiertas de algunas de sus obras, su partida bautismal o sus calificaciones del grado en Derecho, las necrológicas tras su muerte, su lápida, los carteles de las novelas cinematográficas... En definitiva, se trata de un recopilatorio gráfico que apoya muy bien a la investigación en su conjunto.

Podemos concluir diciendo que Ángela Rico Cerezo ha sabido rescatar al escritor sevillano Joaquín Alcaide de Zafra, consiguiendo sus dos firmes propósitos: “En primer lugar, precisar la significación real y el valor literario de su producción. En segundo lugar, averiguar las razones por las que un escritor pasa de merecer la estima de sus contemporáneos a verse completamente olvidado” (p. 101)

ROCÍO SANTIAGO NOGALES  
UNED

**Leonardo Romero Tobar. *Maestros amigos*. Ediciones Universidad de Cantabria. 2013. 165 pp.**

La dedicación a los estudios literarios, a la historia de la literatura, supone, de manera casi inexcusable, la despersonalización del estudioso, la pérdida de identidad personal de quien analiza, comenta, explica e intenta comprender, por todas las formas a su alcance, a otro que no es él mismo, a otro u otra u otros que se convierten en objeto de su pensamiento, razón de su trabajo, meta de sus ambiciones. De esta manera el filólogo, el crítico, el historiador de la literatura, el teórico de la misma, adopta una postura subordinada, que en la mayor parte de los casos le va a llevar al olvido como personalidad propia y va a mantener su nombre, solo su nombre, en la memoria de otros por haber ayudado a comprender, por explicar, por analizar, por adornar, por hacer conocer la obra de otros. En el implacable e inevitable clasismo que supone la historia y crítica de la literatura española, el crítico literario apenas será más que una sombra con nombre y cuyo recuerdo queda prendido a los vuelos de la túnica de excelencia con la que se viste el creador. Caso paradigmático el de un Diego Clemencín que dedica buena parte de su vida a Cervantes y al Quijote y del que hoy prácticamente nada nos importa salvo sus anotaciones al texto de Cervantes: todo lo que se recuerdo hoy de Clemencín es lo dedicado a explicar la obra de otro que no era él mismo.

En este libro un insigne crítico como es el Maestro (y escribáse con mayúscula) de muchos, Leonardo Romero Tobar, cambia ese punto de vista, rompe con una larga y antigua costumbre y se detiene a contar, a contarnos, como fueron, quienes fueron, quienes son esas figuras, a explicarnos lo que hay detrás de esos nombres que tantas